El menú con un solo verbo

Por Shyvirelle

Reparto y montaje

ALMA: Hermana mayor. Anota los pasos porque no quiere confundir una receta con un recuerdo.

DIEGO: Hermano mediano. Cree que todo se arregla empezando por la olla adecuada.

JULIA: Hermana menor. Recuerda sabores antes que cantidades y no piensa renunciar a su plato.

Duración orientativa: 8–10 minutos, con pausas de reacción y una breve transición imaginaria. **Espacio:** comedor familiar. **Utilería:** una mesa y un papel en el que se ve únicamente la palabra «hervir» (puede escribirse en escena o mencionarse sin mostrarlo al público). No se manipulan alimentos ni se cocina; no se usa calor real. La cocina se encuentra fuera de escena. **Reparto:** exactamente tres intérpretes.

Escena única: qué ponemos a hervir

(Una mesa. ALMA sostiene el papel. DIEGO y JULIA esperan su lectura como si fuera una decisión definitiva.)

ALMA: Solo pone «hervir».

DIEGO: Pues ya está. Tenemos la instrucción principal.

JULIA: ¿Principal de qué?

DIEGO: De la cena. Lo escribió la abuela. Si lo dejó aquí, pensaría que sabíamos continuar.

ALMA: La abuela escribía listas muy cortas porque todo lo demás lo llevaba en la cabeza.

JULIA: Precisamente. Una palabra no puede decirnos qué quería preparar.

DIEGO: Puede si la pensamos bien. ¿Qué hacía ella siempre que quería dar de comer a seis personas?

ALMA: Sopa de fideos.

JULIA: Peras con canela.

DIEGO: Papas con piel.

(Los tres se miran.)

ALMA: Tres comidas diferentes.

DIEGO: Una olla puede contener muchas cosas.

JULIA: Una olla puede contener un desastre.

DIEGO: No seas pesimista sin pruebas.

ALMA: Hagamos una prueba con palabras. Yo recuerdo la sopa. Primero calentaba el caldo, después echaba los fideos y solo al final las hierbas.

DIEGO: Yo recuerdo las papas. Las ponía con agua fría desde el principio para que no quedaran duras por dentro.

JULIA: Yo recuerdo las peras. Las echaba en agua dulce con canela cuando ya estaba caliente, y las dejaba hasta que se ablandaran.

DIEGO: Entonces calentamos agua, metemos papas, esperamos, añadimos fideos y terminamos con peras.

ALMA: ¿Las peras en el caldo?

JULIA: ¿Y mis peras van a oler a papa?

DIEGO: Lo importante es hervir. Lo demás son detalles.

ALMA: Si lo demás fueran detalles, la abuela habría puesto «comer» y listo.

JULIA: O «sorprender».

DIEGO: Me gustaría que pensaran una solución antes de criticar la mía.

(ALMA deja el papel en medio de la mesa.)

ALMA: Tenemos un verbo. No tenemos un alimento, un líquido ni un tiempo. Eso no es una receta.

DIEGO: Es el inicio de una receta.

JULIA: El inicio de tres.

DIEGO: Vamos a decidir cuál era la correcta. La abuela siempre ponía primero las papas.

ALMA: No siempre. Cuando yo estaba enferma hacía sopa.

JULIA: Y cuando alguien cumplía años preparaba las peras, aunque hubiera torta.

DIEGO: Hoy no es un cumpleaños.

JULIA: Tampoco estamos enfermos.

ALMA: Tenemos hambre. Eso no ayuda a elegir.

(Se acercan al papel desde tres lados distintos.)

DIEGO: Propongo votar.

JULIA: ¿Y quién pierde deja de recordar a la abuela?

DIEGO: Nadie pierde un recuerdo por no cocinarlo hoy.

JULIA: No, pero después diremos «aquella noche hicimos su receta» y alguno estará mintiendo.

ALMA: Eso sí me importa. No quiero inventarle una receta para salir del paso.

DIEGO: No estamos inventando. Estamos combinando.

JULIA: Mira, combina esto: mis peras necesitan azúcar y canela. Tus papas necesitan sal. La sopa necesita caldo.

DIEGO: Una pizca de cada cosa…

ALMA: Da un líquido que ninguno de los tres recuerda.

JULIA: Y un nuevo motivo para no abrir la puerta a la hora de cenar.

(DIEGO retira lentamente las manos del papel.)

DIEGO: Admito que las peras con sal son una mala idea.

JULIA: Es un avance.

DIEGO: Pero si dejamos de buscar la receta exacta, ¿para qué guardamos el papel?

ALMA: Para recordar cómo empezaba ella a explicarse las cosas. A veces una palabra le bastaba porque ya sabía a quién se dirigía.

JULIA: Lo que no sabía era que tres personas distintas lo leerían muchos años después.

DIEGO: Yo podría reconocer su letra incluso en la oscuridad.

ALMA: Reconocer una letra no equivale a adivinar la cena.

(Pausa. JULIA alisa el papel con la palma.)

JULIA: Hay una cosa que recuerdo mejor que las peras. A la abuela le gustaba que cada uno le contara qué había hecho distinto. No se enojaba si alguien cambiaba una receta. Preguntaba por qué.

DIEGO: A mí me preguntó una vez por qué había echado las papas después del agua caliente.

ALMA: ¿Y qué le dijiste?

DIEGO: Que tenía prisa. Me respondió que la prisa también tenía que ponerse en la lista de ingredientes.

JULIA: ¡Eso sí que parece una instrucción suya!

ALMA: Podríamos cocinar cada cual lo que recuerda, sin llamarlo «la receta de la abuela» como si hubiera solo una.

DIEGO: ¿Tres cenas distintas en una misma mesa?

JULIA: Tres platos. No hace falta que cada uno coma los tres enteros.

ALMA: Anotaré quién recuerda cada versión.

DIEGO: ¿Eso va antes o después del hervor?

JULIA: Antes. Así sabremos a quién preguntarle si las peras salen duras.

(Los tres se levantan para ir hacia la cocina imaginaria. ALMA recoge el papel.)

DIEGO: Espera. ¿De verdad vamos a cocinar fuera de escena? Nadie verá el resultado.

ALMA: La gente podrá imaginarlo.

JULIA: Y así no discutiremos qué olla hay que utilizar delante de nadie.

DIEGO: Yo habría defendido una olla única hasta el final.

ALMA: Lo sabemos.

(Salen por el mismo lateral en momentos distintos. Breve pausa. Regresan sin objetos, como si dejaran en una mesa tres platos que el público debe imaginar.)

JULIA: A la derecha van las peras.

DIEGO: En el centro, las papas.

ALMA: Y aquí la sopa. Cada plato tiene su sitio. No hemos mezclado nada.

DIEGO: He puesto las papas con agua fría. Me costó aceptar que hubiera otra manera de empezar a hervir, pero no teníamos prisa.

JULIA: Las peras entraron cuando el agua estaba caliente. La canela fue después.

ALMA: Yo agregué los fideos cuando el caldo empezó a hervir. No estaban listos antes y no tenían que estarlo.

(Se quedan de pie alrededor de la mesa. Miran los tres platos imaginarios.)

DIEGO: Si la abuela estuviera aquí, ¿cuál probaría primero?

JULIA: Preguntaría quién lavó lo que ensuciamos.

ALMA: Y luego querría saber qué hicimos exactamente.

DIEGO: Podemos contárselo al papel.

JULIA: ¿Al papel?

DIEGO: Sí. En lugar de tratar de leer dentro de una sola palabra, escribamos debajo las tres versiones.

ALMA: Sin borrar «hervir».

JULIA: Pero poniendo lo que falta.

DIEGO: Nombre del plato, ingredientes, cuándo empieza el hervor y cuándo termina.

ALMA: Y quién lo recuerda. Para no confundir una memoria con una orden.

(ALMA deja el papel sobre la mesa. Los otros dos dictan, sin lápiz ni necesidad de escribir de verdad.)

JULIA: Peras con canela. De Julia. Primero el agua dulce, después las peras.

DIEGO: Papas con piel. De Diego. Desde agua fría, con paciencia.

ALMA: Sopa de fideos. De Alma. Caldo primero; fideos después.

DIEGO: ¿Y el título de todo esto?

JULIA: No digas «La receta».

ALMA: «Lo que hicimos cuando encontramos la palabra hervir».

DIEGO: Es larguísimo.

JULIA: Por una vez, mejor que sobre explicación y no que falte.

ALMA: También podemos llamarlo «Tres platos, un verbo».

DIEGO: Me gusta. Por fin una sola frase que sí sirve para los tres.

JULIA: Y mañana, cuando alguien la lea, sabrá que no debe meter las peras en la sopa.

(Los tres acercan sus manos a la mesa, cada cual hacia su plato imaginario.)

DIEGO: Yo iba a decir «buen provecho», pero quizá necesitamos escribir las instrucciones para comer.

ALMA: Para comer, no.

JULIA: Para repetir, sí.

(Se disponen a cenar. Oscuro.)